

La ironía devaluadora, el sarcasmo, el chiste, son recursos que se suman a otros; veamos ahora la sátira. Martín está sin trabajo. Por consejo y recomendación de Alejandra, va a ver a un hombre de empresa llamado Molinari, con el que mantiene una larga conversación (cap. II de la segunda parte, pp. 156-168). Mientras se pregunta si tiene sentido hablar con el empresario, Martín, distraído, ha entrado en el gran *hall* del edificio. Tiene lugar ahora la más extensa y detallada descripción de un interior y de la ropa de un personaje que aparece en toda la novela. El pasaje crea en el lector la sensación de un narrador ambiguo: por una parte refleja la creciente molestia y el rechazo de Martín ante lo que ve, por otra entrega la sátira y el desprecio del narrador omnisciente (¿habla aquí el autor?) (18). A. Dellepiane ha analizado con agudeza tanto al personaje como al episodio:

La descripción es de un tipo y responde a una visión estereotipada y sarcástica... Todo es falso y pedante en Molinari..., el hombre de negocios frío y calculador... que ha llegado muy alto en la escala económica y social... Sábato está poniendo en tela de juicio todo un estrato de la sociedad argentina, y el personaje (es) desagradable por su intrínseca falsía.

Sábato ha colocado a Molinari en un ambiente que constituye el marco y fondo adecuados para que resulte aún más toda... su falacia, su artificialidad... (pp. 236-237).

El ataque —que termina con los vómitos que en Martín produce el encuentro con tan deleznable tipo social— visiblemente va dirigido contra el burgués por excelencia: el nuevo rico que ha hecho su fortuna gracias al peronismo... Y en Molinari, el novelista ha destilado un extracto de los aspectos más negativos de esa burguesía. A lo ideológico se suma aquí lo político: primero el rechazo de lo burgués, con su sentimiento de aquiescencia ante el dinero y sus poderes, a lo que se agrega el ataque a lo adventicio y basto del «nuevo rico». Por fin, el desprecio hacia estos nuevos ricos nacidos de un gobierno que se decía «obrerista» y que además era dictatorial (así, creo, deben entenderse las satíricas referencias al *gigantismo* del edificio, la sala de espera, el despacho, los sillones, etc.). Y como aura general, el reproche moralizante: además de proburgués, el peronismo era dictatorial e inmoral.

---

(18) Descreo de esa afirmación según la cual quien habla en la obra no es jamás el autor, o de aquella, más siniestra aún, que afirma que en la obra literaria «el lenguaje se dice a sí mismo...». Este escamoteo de la Historia, de la Realidad y de la voluntad humana, excluidas de la obra de arte, es falso y críticamente peligroso. *Nos guste o no, la literatura no es inocente*. Es la obra de un hombre, no del Lenguaje. Un hombre en el que influyen su vida, su tiempo, sus ideas y creencias, sus temores y angustias, sus odios y amores.

Si ahora volvemos atrás y examinamos cuáles son las realidades criticadas en la novela a través de la ironía, el humor y la sátira, llegaremos a interesantes conclusiones. ¿Qué es lo devaluado, lo señalado como deleznable? Aunque parezca increíble, lo atacado son una suma de valores burgueses: aquellos en los que creyó (y cree, todavía hoy), la burguesía media argentina. Desprecio por el valor del dinero y sus formas más desarrolladas, el comercio y la industria. Ironía contra la creencia burguesa en el poder transformativo de la educación, desconfianza ante el poder de la ciencia, la razón y la técnica, y rechazo de la igualdad reclamada por el feminismo. Visión determinista de la mujer y de sus posibilidades futuras.

Pero si ahora consideráramos la novela como una totalidad, veríamos algunos hechos sorprendentes. ¿Cuáles son los personajes que realmente *actúan* en la novela, los personajes *dinámicos*, aquellos que a través de su voluntad y de sus acciones transforman las situaciones estables, los *actantes*? *Todos pertenecen a la clase alta*. Alejandra y Fernando son los que *actúan*; Martín y Bruno funcionan en la obra como personajes-testigos, como testimoniados. La acción real está en manos de Alejandra y de su padre. En los pasajes históricos el recuerdo va hacia Lavalle, otro miembro de esa clase (recuérdese sus nombres y antecesores, desde Pelayo a Cortés...). Aunque muerto, lo que se narra es una forma de continuación de su propia existencia y drama.

¿Qué valores burgueses aparecen encarnados en la obra? El del trabajo, el esencial de la burguesía, parece ser algo no practicado nada más que por Molinari y el camionero (pintoresco) con el que Martín se irá al Sur, a comenzar una nueva vida. Los personajes de la obra no trabajan; nadie tiene un empleo, ni un negocio, ni una industria. Nadie produce nada válido a nivel de mercado. Ni Alejandra ni su padre, ni Martín ni Bruno, producen lo que comen. Son todos consumidores puros, típicos representantes de la clase ociosa. Y, como hemos visto, por debajo de lo irónico está siempre presente un rechazo de ideas y valores burgueses (el dinero, el capitalismo, la ciencia, la técnica, economía, científicismo, progreso, igualdad de la mujer, educación, etc., son vistos como deleznales). ¿Por qué?

Sábato es un típico representante de la clase media culta argentina de origen inmigratorio. Clase tironeada entre el deseo de tomar el poder político y ejercerlo, y una permanente aquiescencia a los valores de la clase alta. Esta burguesía ha renegado de lo más característico y lo más positivo de sí misma: ha creído en, o ha sido encandilada por los valores de la clase alta. Es una clase obsesionada por el deseo de ser aceptada y de afirmar los valores de aquella

que le disputa su derecho y su capacidad para ejercer el poder político al que tiene derecho. Ignorante de sus posibilidades concretas, ha intentado siempre imitar y asumir los aspectos menos valiosos de la clase que —directa o indirectamente— le domina. Este cuadro, que es evidentemente esquemático, y que merecería un examen mucho más detallado y meditado de asunto tan complejo, se complica extraordinariamente cuando de lo social o económico o político, se pasa a lo intelectual. Sábato, con muy buena información histórica, sabe bien que entre Molinari, típico representante de los nuevos ricos del peronismo, y los saladeristas, matarifes, fonderos, pulperos, contrabandistas, soldados o sargentos, que iniciaron las fortunas de la mayor parte de los «patricios» de la Argentina, hay sólo cien años de riqueza, nada más. Aquellos fueron tan inmorales, tan ambiciosos, tan agresivos y tan bastos en la consecución de la riqueza, como éstos. Ni los títulos de nobleza pueden ser aducidos ya que, como se sabe, no los hubo ni se compraron en el Río de la Plata. ¿Cómo explicarse la condena absoluta que a través del personaje Molinari se hace caer sobre esta clase de ascenso?

En nuestro novelista funcionan dos coordenadas simultáneas de autorrepresión ideológica. Una, política; otra, moral. Política e ideológicamente, Sábato viene de una juventud marxista y comunista (como lo ha declarado él mismo varias veces en sus *Ensayos*). Este origen es el que, cuando abandona el comunismo, lo impele a seguir viendo el capitalismo y la burguesía, y todos los procesos históricos que acompañaron a esa clase y a ese proceso, como negativos. Así se explica la ironía contra Suiza, quintaesencia del espíritu burgués y la condena de la razón, el dinero y la técnica, productos del capitalismo y de la burguesía... Y el rechazo de muchas de sus creencias más constantes, desde la educación, el progreso, el cientificismo, hasta el feminismo y el dinero.

Lo ético ha sido uno de los argumentos más constantes de las clases altas argentinas, para oponerse a los gobiernos populistas y a los movimientos políticos que los encarnaron. No es necesario aquí citar los ejemplos del radicalismo (1916-1930 y 1958-1966) y del peronismo (1946-1955 y 1973-1976); en todos los casos, los golpes militares que derribaron gobiernos democráticamente elegidos, ya fueran Yrigoyen, Perón, Frondizi o Illia, lo hicieron para «terminar con la corrupción y el desorden...». Parte de esa corrupción, representante de esa inmoralidad en la novela, es el señor Molinari. En él se suman lo inmoral y lo burgués. Y, *last but not least*, el hecho de ser un advenedizo, el pecado de no pertenecer a la clase patricia. Condena de la burguesía, y de sus ideales y valores; condena de la

clase media inmigratoria; elogio —indirecto— de los valores de la clase a la que pertenecen Alejandra, Fernando, Lavalle. Ese pasatismo está muy bien expresado a través de un personaje menor, Tito d'Arcángelo, cuando en su jerga le dice a Martín:

—Pero —dijo— todo eso pasó. A veces me pongo a pensar, pibe, que a este país todo ya pasó, todo lo bueno se fue pa no volver, como dice el tango... (p. 119) (19).

Estos aspectos de la obra son una manifestación clara de esa forma de suicidio de clase que explica el fracaso histórico de la burguesía argentina de origen inmigratorio, escindida entre la defensa de sus intereses y el ejercicio del poder, y el reconocimiento intelectual de los valores de la clase que no le ha permitido conservar ese poder. Lo cómico, entonces, funciona como instrumento devaluatorio y destructivo de valores. No como intermedios lúdicos.

RODOLFO A. BORELLO

University of Ottawa  
Modern Languages and Literatures  
OTTAWA, Ontario K1N 6N5 (CANADA)

---

(19) Andrés Avellaneda señaló algunas de estas constantes en la novela estudiando otros aspectos de la misma, «Novela e ideología en *Sobre héroes y tumbas*», *Bulletin Hispanique*, LXXIV, 1972, pp. 92-115.